

La nación en la diáspora: las múltiples repercusiones de la emigración puertorriqueña a Estados Unidos

JORGE DUANY¹

Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

RESUMEN

En el año 2005, el Negociado del Censo de Estados Unidos estimó que casi la mitad de todas las personas de ascendencia puertorriqueña vivía fuera de la Isla. Ningún otro país caribeño –y posiblemente del mundo– tiene una proporción tan alta de su población residiendo en el exterior. Las implicaciones sociales, culturales, económicas y políticas de este hecho demográfico aún no se han examinado sistemáticamente en Puerto Rico. Este ensayo evalúa la circulación de personas, dinero, bienes materiales y prácticas culturales entre la Isla y Estados Unidos. En particular, el autor propone que los desplazamientos masivos de la población boricua en las últimas seis décadas han socavado las premisas ideológicas de los discursos tradicionales de la nación, basados en la ecuación entre territorio, lugar de nacimiento, residencia, ciudadanía, idioma e identidad. El artículo intenta demostrar que Puerto Rico se ha convertido en una nación transnacional, es decir, una comunidad escindida entre dos territorios, dos lenguas y dos culturas, más allá de los límites territoriales y simbólicos de la soberanía política. [**Palabras clave:** nación, identidad nacional, diáspora, transnacionalismo, Puerto Rico.]

ABSTRACT

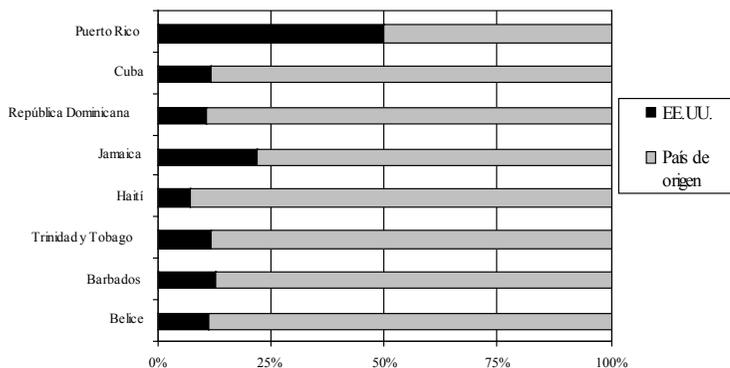
In the year 2005, the U.S. Census Bureau estimated that almost half of all persons of Puerto Rican origin lived outside the Island. No other Caribbean country—and perhaps in the world—has such a high share of its population residing abroad. The social, cultural, economic, and political implications of this demographic fact have not yet been examined systematically in Puerto Rico. This essay assesses the circulation of people, money, material goods, and cultural practices between the Island and the United States. In particular, the author proposes that the massive displacements of the Puerto Rican population over the last six decades have undermined the ideological premises of traditional discourses of the nation, based on the equation between territory, place of birth, residence, citizenship, language, and identity. The article seeks to demonstrate that Puerto Rico has become a transnational nation, that is, a community split between two territories, two languages, and two cultures, beyond the physical and symbolic borders of political sovereignty. [**Keywords:** nation, national identity, diaspora, transnationalism, Puerto Rico.]

El orgullo de ser boricua no tiene nada que ver con la geografía... Somos tan puertorriqueños como el puertorriqueño nacido en la Isla. Ser boricua es un estado de la mente, un estado del corazón y un estado del alma Y en lo que a mí respecta, ése es el único tipo de estado que cuenta.

–María Teresa “Mariposa” Fernández, autora del poema “Ode to the Diasporican”

En el año 2005, el Negociado del Censo de Estados Unidos estimó que prácticamente la misma proporción de puertorriqueños residía en el continente norteamericano (49.4 por ciento) y en la Isla (50.6 por ciento). Ningún otro país caribeño –y posiblemente del mundo– tiene una proporción tan grande de su población residiendo en el exterior. En comparación con los principales países de la región, Puerto Rico supera por mucho las cifras de inmigrantes y sus descendientes en Estados Unidos, tanto en términos absolutos como relativos (véase la Gráfica 1). Una de las causas básicas de la voluminosa diáspora² boricua es la libertad de movimiento entre la Isla y Estados Unidos, como resultado de la extensión de la ciudadanía estadounidense a los puertorriqueños en 1917. Por ello resulta útil comparar a los puertorriqueños con otros “sujetos coloniales”, como los residentes de otras islas caribeñas que se han desplazado en grandes números a sus antiguas o actuales metrópolis (Grosfoguel, 2003, 2004). Aun así, la magnitud y persistencia de la diáspora boricua tienen pocos paralelos contemporáneos y precedentes históricos, a excepción de Irlanda durante la segunda mitad del siglo XIX.³

Gráfica 1
Población caribeña en Estados Unidos y en sus países de origen, ca. 2005



Fuentes: Central Intelligence Agency (2007); U.S. Census Bureau (2007).

¿Cuáles son las implicaciones a largo plazo de la relocalización a gran escala de los puertorriqueños fuera de su territorio original? Este hecho demográfico aún no se ha examinado sistemáticamente en Puerto Rico. Pocos estudiosos de las ciencias sociales y las humanidades han evaluado detenidamente las múltiples repercusiones de la circulación de personas, dinero, bienes materiales y prácticas culturales entre la Isla y Estados Unidos. Hasta la fecha, la mayoría de los ensayos sobre este tema se ha publicado en inglés y fuera de la Isla. En los debates recientes sobre la cuestión nacional en Puerto Rico, todavía se le presta poca atención a la diáspora (véase, entre otros, a Bernabe, 2003; Carrión, 1996; Coss, 1996; Pabón, 2002). En este artículo, propongo que los desplazamientos masivos de la población boricua en las últimas seis décadas han socavado las premisas ideológicas de los discursos tradicionales de la nación, basados en la ecuación entre territorio, lugar de nacimiento, residencia, ciudadanía, idioma e identidad. Utilizando datos estadísticos e investigaciones recientes, demostraré que Puerto Rico se ha convertido en una nación transnacional,⁴ es decir, una comunidad escindida entre dos territorios, dos lenguas y dos culturas, más allá de los límites físicos y simbólicos de la soberanía política. Este desparramamiento subvierte la definición de la nación como una comunidad imaginada por sus miembros como un lugar fijo, atado a un solo territorio o una sola lengua, caracterizado por una profunda camaradería horizontal, sin fisuras internas (Anderson, 1991).

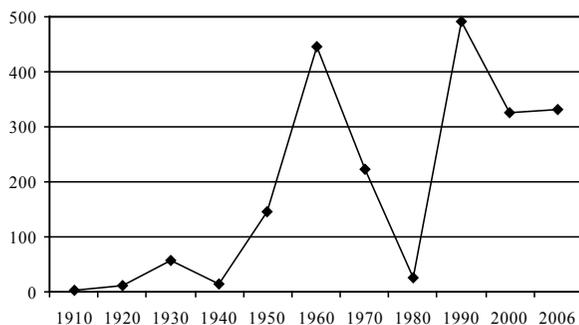
La dispersión geográfica

Un problema básico al abordar la migración puertorriqueña es la ausencia de registros confiables del número de personas que entran y salen de la Isla. No obstante, las estadísticas oficiales sobre el movimiento de pasajeros proporcionan un estimado crudo de la migración neta entre Puerto Rico y Estados Unidos desde principios del siglo XX. Estas cifras, recopiladas por la Junta de Planificación de Puerto Rico y el Banco Gubernamental de Fomento, muestran que la emigración se masificó durante la década de los cuarenta, se expandió durante la de los cincuenta, se redujo considerablemente durante los años setenta y recobró fuerzas durante los ochenta (véase la Gráfica 2). Según estas estadísticas, la diáspora contemporánea ha igualado y quizás superado a la “Gran Migración” entre 1945 y 1965. Casi el 8 por ciento de los habitantes de la Isla se relocalizó en Estados Unidos durante los noventa. En lo que va de la década del 2000, más puertorriqueños (unos 331,000) emigraron que en la década

anterior. Aproximadamente dos millones de personas se mudaron de la Isla al continente norteamericano desde mediados del siglo XX. Las proporciones de este éxodo son más impresionantes cuando se recuerda que la población de Puerto Rico aún no llegaba a los cuatro millones a principios del siglo XXI.

Gráfica 2

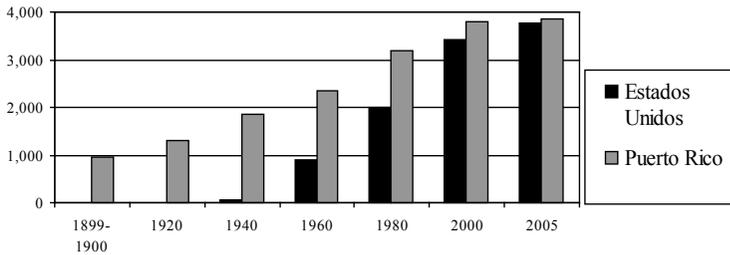
Migración neta de Puerto Rico a Estados Unidos, por década, 1900-2006 (en miles de personas)



Fuentes: Para 1900-1919, Vázquez Calzada (1979); para 1920-1949, U.S. Commission on Civil Rights (1976); para 1950-1989, Junta de Planificación de Puerto Rico (1972-1989); para 1990-1999, Junta de Planificación de Puerto Rico (2001); para 2000-2006, Government Development Bank for Puerto Rico (2007).

Los datos censales confirman el crecimiento espectacular de la diáspora después de la Segunda Guerra Mundial (véase la Gráfica 3). El número de puertorriqueños en Estados Unidos era relativamente pequeño hasta 1940, cuando comenzó a ampliarse rápidamente. Desde 1960, la población de ascendencia boricua en el exterior ha crecido menos vertiginosamente, pero a un ritmo más acelerado que en la Isla. Para el año 2005, las dos poblaciones estaban casi equiparadas numéricamente. De continuar las tendencias actuales, la cantidad de puertorriqueños en Estados Unidos sobrepasará a los residentes de la Isla en el censo del 2010. (Para más detalles demográficos, véase Acosta-Belén y Santiago, 2006; Meléndez, 2007; Rivera-Batiz y Santiago, 1994, 1996.)

Gráfica 3
Población de Puerto Rico y puertorriqueños en Estados Unidos, 1899-2005 (en miles de personas)



Fuentes: Para 1899, Departamento de la Guerra (1900); para 1900, Gibson y Lennon (1999); para 1910-1950, U.S. Census Bureau (1953, 1973); para 1960-1980, U.S. Census Bureau (1963, 1982, 1983); para 1990-2000, U.S. Census Bureau (2001a, 2001b, 2001c); para 2005, U.S. Census Bureau (2007).

Hasta los años cincuenta del siglo pasado, el éxodo masivo de puertorriqueños se dirigió principalmente hacia la ciudad de Nueva York y otras áreas metropolitanas del nordeste y medio oeste de Estados Unidos, especialmente Chicago y Filadelfia. Desde la década de los sesenta, los migrantes se habían esparcido ampliamente (véase el Cuadro 1). En el 2005, poco más de una cuarta parte de todos los boricuas en el norte vivía en el estado de Nueva York, comparada con casi tres cuartas partes en 1960. Durante los años noventa, Nueva York fue el único estado que perdió población puertorriqueña (alrededor del 3.3 por ciento). Al mismo tiempo, la Florida reemplazó a Nueva Jersey como la segunda concentración de boricuas en el exterior. La población *florirrican* ha crecido drásticamente, de poco más del 2 por ciento de todos los boricuas en Estados Unidos en 1960 a más del 17 por ciento en el 2005. Los boricuas también se han congregado en otros estados del nordeste como Nueva Jersey, Pensilvania, Massachusetts y Connecticut. En el año 2005, más de medio millón de puertorriqueños vivían en estados donde no se encontraban las primeras diez concentraciones de inmigrantes de la Isla. En conjunto, los datos documentan la dispersión de los boricuas fuera de su núcleo original en Nueva York durante las últimas cuatro décadas. (Para más detalles sobre los patrones de asentamiento de los puertorriqueños en Estados Unidos, véase Vargas-Ramos, 2006; para excelentes estudios de diversas comunidades boricuas, véase Whalen y Vázquez-Hernández, 2005; para el caso de la Florida, véase Duany, 2006).

Cuadro 1
Distribución geográfica de la población puertorriqueña en Estados Unidos, 1960-2005

<i>Estado</i>	1960	1970	1980	1990	2000	2005
California	28,108	50,929	93,038	126,417	140,570	147,706
Connecticut	15,247	37,603	88,361	146,842	194,443	204,616
Florida	19,535	28,166	94,775	247,010	482,027	645,240
Illinois	36,081	87,477	129,165	146,059	157,851	174,770
Massachusetts	5,217	23,332	76,450	151,193	199,207	217,347
Nueva Jersey	55,351	138,896	243,540	320,133	366,788	388,283
Nueva York	642,622	916,608	986,389	1,086,601	1,050,293	1,057,423
Ohio	13,940	20,272	32,442	45,853	66,269	74,348
Pensilvania	21,206	44,263	91,802	148,988	228,557	260,580
Texas	6,050	6,333	22,938	42,981	69,504	87,534
Otros estados	49,156	75,517	155,045	265,677	450,669	523,470
Total	892,513	1,429,396	2,013,945	2,727,754	3,406,178	3,781,317

Fuentes: Para 1960-1980, U.S. Census Bureau (1963, 1982); para 1990-2000, U.S. Census Bureau (2001b, 2001c); para 2005, U.S. Census Bureau (2007).

Durante la segunda mitad de la década de los noventa, los condados de Orange y Osceola en la Florida se convirtieron en los destinos primarios de los puertorriqueños, desplazando al Bronx y otros condados de Nueva York, Pensilvania e Illinois (véase el Cuadro 2). Más aún, cinco de los diez primeros lugares (incluyendo a Hillsborough, Miami-Dade y Broward) donde se establecieron los migrantes recientes de la Isla están en la Florida. Los datos también comprueban la constante circulación de personas –el “vaivén”– entre Puerto Rico y Estados Unidos, que he analizado más a fondo en otro lugar (Duany, 2002). Muchos más puertorriqueños se están mudando del Bronx y otros destinos tradicionales (como los condados de Nueva York y Kings en la ciudad de Nueva York, y el condado de Cook en Illinois, no incluidos en el cuadro) que de la mayoría de los lugares de la Florida. Por ende, no sólo se mueven más personas de la Isla hacia la Florida que hacia otros estados, sino que más residentes de esos estados regresan a Puerto Rico.

Cuadro 2
Principales destinos de los migrantes entre Puerto Rico y Estados Unidos, por condado, 1995-2000

	<i>Inmigrantes de Puerto Rico</i>	<i>Emigrantes hacia Puerto Rico</i>	<i>Migración neta hacia Estados Unidos</i>
Orange, Florida	14,347	4,927	9,420
Osceola, Florida	7,600	600	7,000
Bronx, Nueva York	13,853	8,534	5,319
Hillsborough, Florida	6,147	1,401	4,746
Miami-Dade, Florida	8,754	4,029	4,725
Broward, Florida	5,170	1,058	4,112
Hampden, Massachusetts	5,580	1,864	3,716
Hartford, Connecticut	6,250	2,708	3,542
New Haven, Connecticut	4,897	1,761	3,136
Filadelfia, Pensilvania	6,017	2,946	3,071
Otros	164,358	82,940	80,398
Total	242,973	112,788	130,185

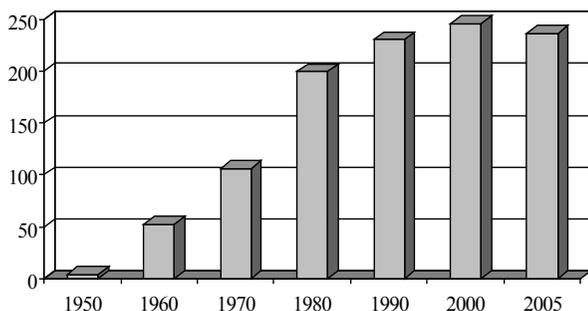
Fuente: U.S. Census Bureau (2004).

Un último aspecto demográfico que quisiera subrayar es el crecimiento de la población *nuyorican* en la Isla –como se le llama comúnmente en Puerto Rico a todos los migrantes de retorno y sus

descendientes nacidos en Estados Unidos.⁵ Como evidencia la Gráfica 4, la inmigración de personas de ascendencia boricua en Puerto Rico fue estadísticamente insignificante hasta 1950. A partir de esa fecha, la cantidad de residentes de la Isla procedentes de Estados Unidos —mayormente hijos y nietos de puertorriqueños que emigraron previamente— ha aumentado sustancialmente. La presencia de casi un cuarto de millón de boricuas nacidos fuera de la Isla —con todas sus consecuencias políticas, culturales, lingüísticas y hasta pedagógicas— ha pasado prácticamente desapercibida en las investigaciones más recientes en Puerto Rico.⁶ (Para algunos estudios pertinentes, editados en Estados Unidos, véase Aranda, 2006; Lorenzo-Hernández, 1999; Pérez, 2004; Reyes, 2000; Vargas-Ramos, 2000).

Gráfica 4

Población nacida en Estados Unidos y residente en Puerto Rico, 1950-2005 (en miles de personas)



Fuente: U.S. Census Bureau (1953, 1963, 1973, 1983, 2001b, 2007).

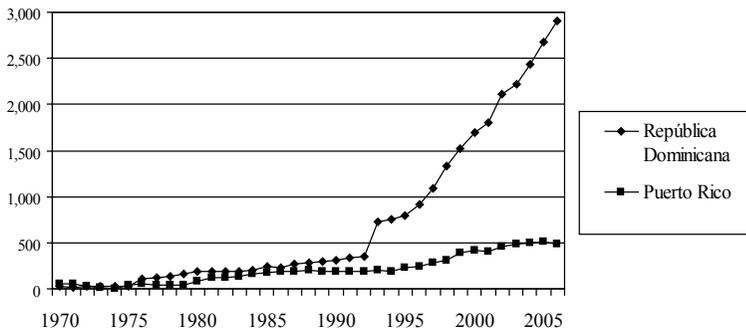
Los impactos económicos de la emigración

El principal efecto económico de la diáspora ha sido frenar el crecimiento de la fuerza laboral en Puerto Rico en la posguerra. Durante los años cuarenta y cincuenta, el gobierno local auspició la emigración como una “válvula de escape” para aliviar las presiones demográficas y económicas en la Isla. El mejoramiento de los salarios, el empleo y los niveles de vida estuvo ligado a uno de los pilares del Estado Libre Asociado, la ciudadanía estadounidense, y una de sus consecuencias fundamentales, el libre movimiento de personas entre la Isla y Estados Unidos. Según el economista Stanley Friedlander (1965: 3), de no haber sido por la emigración de unos 325,000 trabajadores, Puerto Rico habría confrontado una tasa de desempleo de 22.4 por ciento

en 1960, casi el doble que la registrada (13.2 por ciento) en ese año. Así, la exportación del excedente laboral pasó a ser parte integrante de la estrategia de desarrollo económico conocida como “Manos a la Obra”. Irónicamente, el sociólogo Frank Bonilla (1994) sugirió que el programa estatal de industrialización podría haberse llamado “Manos que Sobran”, dado el masivo desplazamiento de trabajadores agrícolas. Como predijeron los planificadores gubernamentales en la década de los cuarenta, la emigración se convirtió en una estrategia de supervivencia para miles de familias puertorriqueñas pobres.

La continua importancia económica de la diáspora puede medirse a través de las transferencias monetarias de los migrantes a sus parientes en la Isla. La magnitud de las remesas es probablemente mayor de lo que puede deducirse de las estadísticas oficiales, ya que muchas transferencias se realizan en efectivo y no se informan al gobierno local. (Gran parte de éstas son giros postales enviados mediante el correo federal.) De todos modos, la balanza de pagos de Puerto Rico muestra una expansión constante de las remesas privadas durante las últimas cuatro décadas, especialmente durante los años noventa. Aunque mucho menos voluminosas que en países vecinos como la República Dominicana, las remesas a Puerto Rico aumentaron casi nueve veces entre 1970 y 2006, de 57 millones a unos 490 millones de dólares (véase la Gráfica 5). Según estas cifras, la Isla ocupa actualmente la posición número 16 en la recepción de remesas en América Latina y el Caribe, después de Costa Rica (Inter-American Development Bank, 2007).

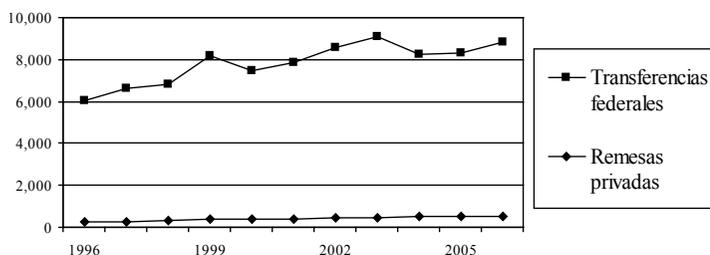
Gráfica 5
Remesas enviadas a la República Dominicana y a Puerto Rico, 1970-2006 (en millones de dólares)



Fuentes: Inter-American Development Bank (2007); Junta de Planificación de Puerto Rico (1980-1998, 2007); *Migration News* (2006).

Junto a las transferencias unilaterales del gobierno de Estados Unidos, las remesas son una fuente básica de apoyo económico para las familias pobres de la Isla. Estas últimas representaron alrededor de la mitad del ingreso neto generado por la industria turística en 1997 (Junta de Planificación de Puerto Rico, 1998). Es importante seguirle la pista al flujo de remesas hacia y desde Puerto Rico, dada la escasez de información, análisis y medidas de política pública. Incluso los cálculos de las transferencias monetarias varían grandemente de una fuente a otra. Por ejemplo, el politólogo Angelo Falcón (2004a) ha especulado que los puertorriqueños en el exterior podrían enviar anualmente 1,000 millones de dólares a la Isla, basándose en una encuesta no publicada de inmigrantes en Estados Unidos. Los estimados más conservadores de la Junta de Planificación de Puerto Rico (2007) palidecen frente a las transferencias federales de unos \$8,828 millones. (Véase la Gráfica 6.)

Gráfica 6
Pagos de transferencias federales y remesas privadas a Puerto Rico, 1996-2006 (en millones de dólares)



Fuente: Junta de Planificación de Puerto Rico (1997, 2007).

Los desembolsos gubernamentales, especialmente para asistencia nutricional, subsidios de vivienda y becas educativas, parecen desempeñar en Puerto Rico el papel de sostén social que desempeñan las remesas en otros países. Además, la mayoría de los puertorriqueños están cubiertos por programas públicos como Medicare y seguros por desempleo e incapacidad, y muchos tienen derecho a beneficios adquiridos como el seguro social y las pensiones de veteranos. Estos últimos beneficios han desplazado a los primeros como la principal forma de subsidio estatal para la población de bajos ingresos en la Isla (Duany y Pantojas-García, 2005). La disponibilidad de fondos federales ayuda a explicar por qué el monto de las remesas a Puerto Rico es bastante bajo, comparado con otros países caribeños y

latinoamericanos. (Para más detalles sobre las remesas económicas, véase Duany, 2007; para una discusión más amplia de las remesas socioculturales –las ideas, valores, estilos, prácticas e identidades que circulan entre Estados Unidos y Puerto Rico–, véase Flores, inédito).

Dos aspectos poco estudiados del impacto económico de la emigración son la creación de empresas y la participación en el turismo. Por un lado, llama la atención la reciente proliferación de negocios establecidos por puertorriqueños en la Florida, particularmente en Miami, Orlando, Ft. Lauderdale y Tampa (Duany, 2006). Esta expansión económica ha atraído a la Florida numerosas compañías con base en la Isla, especialmente en los sectores de finanzas, seguros, comunicación, educación, comercio y otros servicios, tales como la preparación y venta de alimentos. Por el otro lado, se sabe muy poco sobre la aportación de los boricuas residentes en Estados Unidos al mercado turístico de la Isla. Pero probablemente representan una clientela importante para las empresas de transportación, comunicación, alojamiento y comida en Puerto Rico.

La política diaspórica

La fórmula del Estado Libre Asociado, establecido en 1952, no eliminó la subordinación colonial de Puerto Rico frente a Estados Unidos, aunque sí representó una mayor autonomía para el gobierno local. Por ejemplo, la migración extranjera hacia la Isla está bajo la jurisdicción del Departamento de Seguridad Interna (*Homeland Security*) de Estados Unidos, como cualquier otro estado de la unión. A diferencia de un estado, los residentes de la Isla no tienen representantes con voto en el Congreso ni pueden votar por el Presidente. En este sentido, los puertorriqueños se parecen a otros migrantes coloniales en sus metrópolis presentes o previas (Grosfoguel, 2003). Como sujetos coloniales, los puertorriqueños comparten la ciudadanía de la metrópoli, pero carecen de poder en esferas decisivas del gobierno federal. Por eso, la diáspora boricua, a través de sus representantes legislativos y otros funcionarios electos, podría influir sustancialmente en las relaciones entre Puerto Rico y Estados Unidos.

No obstante su falta de soberanía, el gobierno de Puerto Rico actuó como un intermediario “transnacional” para sus ciudadanos migrantes durante la mayor parte del siglo XX (Meléndez, 1997). A tales efectos, el gobierno insular estableció varias agencias en Estados Unidos bajo distintos nombres: el Negociado de Identificación y Empleo (1930-1948), la Oficina de Información del Gobierno de Puerto Rico (1945-

1949), la División de Migración del Departamento del Trabajo (1948-1989) y el Departamento de Asuntos de la Comunidad Puertorriqueña en Estados Unidos (1989-1993), (Duany, 2002). Entre otras iniciativas, estas agencias supervisaron un extenso programa de trabajadores agrícolas contratados; promovieron oportunidades de empleo para los boricuas en Estados Unidos; cabildaron por los derechos de los trabajadores migrantes; negociaron tarifas aéreas más baratas entre la Isla y el continente norteamericano; montaron campañas de inscripción para votantes y ayudaron a organizar a la comunidad puertorriqueña en Nueva York, Chicago y Filadelfia (Lapp, 1990; Stinson-Fernández, 1996). En resumen, el Estado Libre Asociado institucionalizó una política migratoria transnacional después de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar (o quizás a causa) de su condición colonial, los migrantes puertorriqueños han mantenido diversos tipos de enlaces políticos con su país de origen. Por décadas, los partidos políticos de la Isla han tenido una presencia formal en Estados Unidos. El Partido Popular Democrático, que controló el gobierno insular entre 1940 y 1968, utilizó la División de Migración como una especie de consulado informal en varias ciudades con grandes núcleos de inmigrantes boricuas (Duany, 2002; Lapp, 1990). Cuando el Partido Nuevo Progresista obtuvo el poder en 1969 y nuevamente en 1977 y 1985, intentó reestructurar la agencia para promover la estadidad federada. En 1993, la Administración Puertorriqueña de Asuntos Federales (PRFAA, por sus siglas en inglés) reemplazó al Departamento de Asuntos de la Comunidad Puertorriqueña en Estados Unidos. Por su parte, varios grupos boricuas de izquierda han estado activos en Estados Unidos, incluyendo a los Young Lords, el Partido Socialista Puertorriqueño y el Ejército Popular Boricua, mejor conocido como “Los Macheteros” (Torres y Velásquez, 1998).

Los puertorriqueños en Estados Unidos han logrado un grado relativamente alto de representación política, si bien siguen subrepresentados en proporción a sus números (Cruz, 1998, 2000). En 1999, había 95 funcionarios electos de ascendencia boricua en Estados Unidos, en las esferas municipales, estatales y federales del gobierno (National Puerto Rican Coalition, 1999). Para el 2004, la cifra había aumentado a 150 (*Puerto Rico Herald*, 2004). Actualmente, la Cámara de Representantes cuenta con tres miembros puertorriqueños (Luis Gutiérrez, José Serrano y Nydia Velázquez), además del Comisionado Residente de la Isla (Luis Fortuño). La ciudad de Nueva York tiene 23 funcionarios electos de ascendencia boricua, entre ellos el Presidente

del condado del Bronx, varios concejales de la ciudad, senadores y asambleístas estatales (Falcón, 2004b). (Para más detalles sobre la política puertorriqueña en Estados Unidos, véase *CENTRO*, 2003).

Muchas de las actuaciones públicas de los congresistas puertorriqueños en Estados Unidos sugieren que sus electorados se encuentran tanto en el Caribe como en Norteamérica. La condición política de Puerto Rico es una preocupación primordial para políticos “transnacionales” como Gutiérrez, Serrano y Velázquez, al igual que otros asuntos que afectan a los latinos en Estados Unidos, como la educación bilingüe o la reforma migratoria. Recientemente, varios líderes comunitarios de Nueva York, Chicago y otras ciudades apoyaron el movimiento de Paz para Vieques. Debido a la presión pública en la Isla y en el exterior, la Marina de Estados Unidos terminó sus ejercicios militares en esa isla-municipio el primero de mayo de 2003. De diversas maneras, la diáspora boricua ha intentado incidir en la política estadounidense hacia la Isla.

Quizás el asunto más controvertido sea cómo puede aportar la diáspora a la solución del *status* político de Puerto Rico. Hasta ahora, todas las elecciones, referendos y plebiscitos locales han estado restringidos a los residentes de la Isla. No obstante, los puertorriqueños en Estados Unidos han reiterado su deseo de participar en la definición del futuro político de su país de origen (Delgado, 2006; Falcón, 1993). A juzgar por la evidencia disponible, las preferencias ideológicas de los boricuas en el exterior son semejantes a las de los residentes de la Isla. Por ejemplo, una encuesta auspiciada por el periódico *El Nuevo Día* (2004) encontró que el 48 por ciento de los puertorriqueños en la Florida central favorecía el Estado Libre Asociado, mientras que el 42 por ciento prefería la anexión a Estados Unidos y el 5 por ciento la independencia. Al momento de redactar este ensayo (julio de 2007), aún está pendiente de aprobación un proyecto legislativo para celebrar un nuevo plebiscito sobre el *status* de Puerto Rico. El proyecto 900 de la Cámara de Representantes, auspiciado por Serrano y Fortuño, le extendería el derecho a votar a los residentes de Estados Unidos que hayan nacido en la Isla. Está por verse si la diáspora alteraría radicalmente los resultados electorales en Puerto Rico.

El nacionalismo transnacional

¿Por qué los puertorriqueños establecidos en Chicago tienen fama de ser más nacionalistas que sus compatriotas en la Isla y otras partes de Estados Unidos? ¿Por qué muchos activistas comunitarios de

la diáspora se han alineado con movimientos izquierdistas como los Macheteros y los Young Lords? El excelente libro de la antropóloga Ana Yolanda Ramos-Zayas (2003) intenta contestar tales preguntas. Mediante una minuciosa investigación de la comunidad boricua en Chicago, Ramos-Zayas demuestra que sus líderes han recurrido al discurso nacionalista para adelantar múltiples agendas ideológicas y materiales, tales como los intereses de clase, raza y género de los inmigrantes. El nacionalismo ha aglutinado a numerosos activistas y residentes del barrio puertorriqueño en el área de Humboldt Park, donde se concentraron los inmigrantes de la Isla desde los años cincuenta. Ese barrio ostenta actualmente el Paseo Boricua, un proyecto de revitalización urbana que se extiende por una milla a lo largo de la calle Division, marcada por dos enormes banderas monoestrelladas de acero. Allí se ubican panaderías, colmados, restaurantes, cafeterías, tiendas de discos, centros culturales, cooperativas de vivienda, iglesias y una casita en honor al líder nacionalista Pedro Albizu Campos. Anualmente se celebran importantes eventos públicos como el día de los Reyes Magos, el Desfile del Pueblo y la Fiesta Boricua. Paseo Boricua es uno de los esfuerzos comunitarios más exitosos de los puertorriqueños en Estados Unidos (véase *CENTRO*, 2001; Flores-González, 2001; Pérez, 2004; Rinaldi, 2002).

La bien sustentada tesis de Ramos-Zayas es que los inmigrantes boricuas y sus descendientes en Chicago han reelaborado los principales símbolos nacionalistas (como la figura mítica de Albizu Campos) como pruebas de autenticidad cultural.⁷ Estos símbolos se han difundido ampliamente a través de instituciones comunitarias como las escuelas Roberto Clemente y Pedro Albizu Campos, los centros culturales Juan Antonio Corretjer y Segundo Ruiz Belvis, el Instituto de Artes y Cultura Puertorriqueña y la Alianza de las Artes Puertorriqueñas. A diferencia de la Isla, el nacionalismo puertorriqueño en Chicago combina una ideología anticolonialista con prácticas culturales que no dependen exclusivamente de la lengua española ni las tradiciones hispánicas. Más bien, se trata de combatir la representación pública de una comunidad criminalizada y marginada, mediante la reafirmación de su identidad híbrida, incluyendo el uso del rap y el *Spanglish*.

Pese a su reputación como bastión de radicalismo, la población *chicagoricana* está compuesta mayoritariamente por trabajadores inmigrantes que probablemente no simpatizan con la independencia de Puerto Rico ni con la izquierda política. No obstante, en comparación con otras comunidades de la diáspora, la de Chicago está mejor organizada para resistir el prejuicio étnico, la discriminación racial y

el desplazamiento residencial. Ramos-Zayas constata la movilización comunitaria en torno al discurso nacionalista de sus principales líderes. Tal parece que ese discurso ha logrado más arraigo popular en Chicago que en otros asentamientos boricuas en Estados Unidos e incluso en la Isla. En Filadelfia, por ejemplo, las principales organizaciones de los inmigrantes puertorriqueños se insertaron plenamente en el movimiento de los derechos civiles impulsado por los afroamericanos desde los años cincuenta (Whalen, 2001). En casi todas las comunidades de la diáspora, la gran mayoría de los electores boricuas se ha solidarizado con el programa liberal del Partido Demócrata.

Los lazos familiares transnacionales

Como resultado de la migración circular sostenida por más de un siglo, miles de puertorriqueños han desarrollado dos o más “bases hogareñas”, tanto en Estados Unidos como en Puerto Rico, lo que les permite mantener fuertes vínculos sociales con la Isla, aun cuando vivan fuera de ésta por largos períodos. Como apunta la socióloga Marixsa Alicea (1990), los desplazamientos en el seno de comunidades y familias extendidas, a veces muy distantes físicamente, han sido sumamente comunes para los puertorriqueños en las últimas seis décadas. Muchas personas se mueven rutinariamente entre varias unidades domésticas, localizadas en la Isla y en la diáspora, para ampliar sus estrategias de supervivencia y fortalecer sus redes de parentesco. Este fenómeno exige reconceptualizar la migración puertorriqueña como la extensión espacial de relaciones familiares a través del tránsito incesante de personas en ambas direcciones.

En otro ensayo, Alicea (1997) subraya el papel clave de las mujeres, que comúnmente viajan entre Puerto Rico y Estados Unidos para cuidar niños y ancianos, organizar actividades familiares y cumplir con otras obligaciones rituales. Con mayor frecuencia que los hombres, las mujeres puertorriqueñas sustentan los hogares transnacionales con su trabajo doméstico y emocional. Al mismo tiempo, muchas migrantes transgreden las concepciones patriarcales del hogar basadas en la opresión femenina. (Para excelentes análisis del papel del género en la diáspora boricua, véase Toro-Morn, 1999; Toro-Morn y Alicea, 2003). Una densa madeja de redes transnacionales hace que la mayoría de los puertorriqueños experimente directamente la migración, ya sea personalmente o mediante un familiar cercano. De ahí que sea cada vez más difícil trazar una línea divisoria entre la Isla y su diáspora, dado

que una proporción sustancial de los boricuas pasa parte de su vida en ambos extremos del circuito migratorio.

En su revelador estudio etnográfico sobre la circulación de puertorriqueños entre Chicago y San Sebastián, la antropóloga Gina Pérez (2004) documenta los persistentes lazos sociales, culturales y económicos entre la Isla y la diáspora. Desde una perspectiva transnacional, el flujo constante de personas, ideas, relaciones y bienes conecta a los miembros de varias generaciones en ambos lugares. En particular, Pérez examina el regreso de los migrantes y su precaria reincorporación a la vida diaria en Puerto Rico. En un capítulo fascinante, la autora destaca cómo los migrantes de retorno —encasillados como nuyoricans, aunque provengan de Chicago— frecuentemente se representan como ajenos al imaginario nacional puertorriqueño. La popular frase despectiva “los de afuera” se refiere a todas aquellas personas cuyos valores, conductas y formas de hablar y vestir se apartan de las normas culturales dominantes en San Sebastián. A su vez, los inmigrantes en Chicago mantienen un fuerte apego a su país de origen como una estrategia de resistencia ante la exclusión social y la reestructuración del espacio urbano, tal como lo dramatiza el Paseo Boricua. Muchos recuerdan a la Isla como un lugar seguro, tranquilo y auténtico, adonde añoran volver algún día para renovar su puertorriqueñidad.

En una obra más reciente, la socióloga Elizabeth Aranda (2006) analiza los duraderos vínculos afectivos entre boricuas residentes en la Isla y Estados Unidos, así como el impacto de esos vínculos en sus identidades nacionales, étnicas, raciales y de género. Aranda demuestra elocuentemente que miles de puertorriqueños forman parte de extensas relaciones de parentesco que llenan “los espacios vacíos de la migración”. Tales espacios adquieren sentido personal mediante apegos emocionales a lugares residenciales, redes familiares y prácticas culturales esparcidas ampliamente. Una cuestión central planteada en el texto es “¿dónde está el hogar?” Como señala Aranda (2006: 10), “¿qué es el hogar? es más que una pregunta; es una expresión de ambigüedad y quizás hasta de pérdida”, causada por el desarraigo de los lugares de origen. La autora identifica varias consecuencias emocionales de la migración (tales como la dualidad y la enajenación), incluyendo el “asentamiento circular”, compuesto por periodos alternos de residencia en Estados Unidos y en la Isla. Finalmente, Aranda analiza hábilmente cómo la ciudadanía estadounidense promueve el constante movimiento de puertorriqueños al proporcionarles acceso

inmediato a servicios públicos, oportunidades educativas y exposición a la cultura americana y la lengua inglesa en la Isla.

La cuestión del idioma

Después de más de un siglo de dominio estadounidense, el español sigue siendo la principal forma de comunicación diaria en Puerto Rico. Los esfuerzos del gobierno colonial por imponer el idioma inglés durante la primera mitad del siglo XX fracasaron en gran medida. Desde 1948, la instrucción pública en las escuelas primarias y secundarias, así como en las universidades, ha sido primordialmente en español. El bilingüismo se limita a una pequeña minoría de la población insular, compuesta principalmente por las clases medias y altas y los migrantes de retorno y sus descendientes (Barreto, 2001). En Estados Unidos, cada vez más puertorriqueños –especialmente los nacidos y criados fuera de la Isla –han adoptado el inglés como primer idioma (Zentella, 1997, 2000). Al igual que en otros grupos de inmigrantes, el predominio del español como lengua vernácula ha cedido rápidamente al inglés entre los miembros de la segunda y tercera generación. Sin embargo, muchos boricuas en Estados Unidos aún prefieren hablar español y otros combinan los dos idiomas. Por lo tanto, los puertorriqueños de aquí y de allá muestran un amplio repertorio de prácticas lingüísticas –desde el monolingüismo en español (primordialmente en la Isla) hasta el monolingüismo en inglés (primordialmente en el exterior), incluyendo varios grados de bilingüismo en ambos lugares.

La mezcla del español y el inglés, conocida despectivamente como Spanglish, es cada vez más común en Estados Unidos. Inicialmente, muchos estudiosos pensaron que esta práctica empobrecía y contaminaba ambos idiomas. No obstante, un número creciente de investigaciones ha reevaluado cómo, cuándo y por qué los boricuas y otros latinos oscilan entre el español y el inglés en sus vidas cotidianas (Urciuoli, 1996, 2003). Muchos escritores reconocidos utilizan la alternación de códigos lingüísticos para recrear la atmósfera cultural de los barrios hispanos de Estados Unidos. El rimar en inglés y en español, una característica distintiva del rap y el *reggaetón*, requiere gran destreza verbal (Rivera, 2003). En vez de reflejar un déficit intelectual o lingüístico, el Spanglish puede considerarse un valioso recurso cultural, especialmente para los inmigrantes de segunda generación, que tienen que comunicarse tanto en inglés como en español. Como advierte la antropóloga lingüista Ana Celia Zentella (2002: 328), “es

precisamente la habilidad para usar el inglés y el español en la misma oración y situación que identifica a los bilingües más efectivos”.

Por su parte, la población de Puerto Rico parece acercarse cada vez más a un patrón bilingüe. Aquí convendría repasar algunos datos censales sobre las prácticas lingüísticas en la Isla (U.S. Census Bureau, 2007). Según esta fuente, en el año 2000 más de medio millón de personas—el 14.4 por ciento de la población insular—hablaba sólo inglés en sus casas, mientras el 85.4 por ciento hablaba español. Aunque los datos censales no sean totalmente confiables, apuntan hacia una creciente cantidad de boricuas en la Isla cuya primera lengua no es el español. Añádase que la mayoría de los residentes de Estados Unidos usa el inglés a diario, y se tendrá una idea de sus serias implicaciones para repensar si ser puertorriqueño es (sólo) cuestión de idioma, como ha planteado tradicionalmente el discurso nacionalista en la Isla. Según la crítica literaria Carmen Centeno (2007), la exigencia de una lengua común debe revisarse a la luz de la diáspora puertorriqueña hacia Estados Unidos y la migración de retorno a Puerto Rico. Además, para citar a la lingüista Gloria Prosper-Sánchez (2007: 184), las prácticas idiomáticas de los boricuas—como la pronunciación de la erre velar—exceden los criterios geográficos.

El censo también revela que la población angloparlante en Puerto Rico ha aumentado grandemente desde principios del siglo XX. En 1910, apenas el 3.6 por ciento de los puertorriqueños hablaba inglés; para 1950, la proporción incrementó al 26.1 por ciento; y en el año 2000, el 61.4 por ciento de la población dijo que hablaba inglés (véase Morales, 2005; Torres González, 2002). Aunque esta última cifra puede lucir exagerada, confirma que la mayoría de los boricuas ha estado en contacto con la lengua inglesa, especialmente a través de los medios de comunicación masiva. No obstante, en el censo del 2000, más de la mitad de los entrevistados admitió que no hablaba inglés o que lo hablaba mal.

Después de más de cien años de influencia directa en la Isla, el idioma inglés sigue siendo “el difícil” para miles de boricuas. Queda claro que el inglés es todavía una segunda lengua para la mayoría de los residentes de Puerto Rico, aunque un número cada vez mayor de personas pueda entenderla y leerla (pero no necesariamente hablarla con fluidez y escribirla con corrección). Este hecho sugiere que el español seguirá siendo el principal medio de comunicación en la Isla en el futuro cercano, con o sin aprobación oficial. El gran reto es reconciliar el cultivo de la lengua materna de la mayoría de los puertorriqueños en la Isla, el español, con la adquisición de una segunda lengua, el

inglés, que actualmente domina al mundo y a las nuevas generaciones de boricuas criados en Estados Unidos.

La literatura de la diáspora

El vigoroso desarrollo de la literatura puertorriqueña en Estados Unidos plantea preguntas centrales acerca del canon literario en la Isla, tales como el idioma en que se redactan los textos, sus temas recurrentes y su contexto histórico más amplio. Los primeros ensayos académicos sobre la literatura nuyorican tendieron a rechazar sus conexiones con la literatura insular, básicamente por razones lingüísticas (véase, por ejemplo, Seda Bonilla, 1972). Ese rechazo ha generado agrias controversias entre escritores radicados en la Isla y en Estados Unidos (véase Flores, 1993; Mohr, 1987). Sin embargo, desde los años noventa, numerosos estudiosos han abordado la producción intelectual de la diáspora para identificar sus convergencias y divergencias con la Isla (Acosta-Belén, 1992; Acosta-Belén y Santiago, 2006; Aparicio, 2006; Barradas, 1998; Centeno, 2007; Díaz Quiñones, 1993; Flores, 2000, y material inédito; Hernández, 1997; Martínez-San Miguel, 2003; Sánchez González, 2001; Torres-Padilla y Rivera, en material inédito). Como plantea la crítica literaria Carmen Haydée Rivera (2005-2006: 7), “la literatura de la diáspora puertorriqueña en última instancia conlleva un entendimiento de cómo el proceso de migración y las relaciones sociopolíticas y económicas entre Puerto Rico y Estados Unidos complican la interpretación de las nociones hegemónicas de la identidad cultural y nacional, a medida que los escritores confrontan sus realidades bilingües, biculturales y transnacionales”. Recientemente, se ha desarrollado un nuevo aprecio por las contribuciones intelectuales de la diáspora boricua –aunque lamentablemente ese aprecio aún no se ha institucionalizado mediante la revisión de los currículos académicos en la Isla. Actualmente, las escuelas y universidades del país no requieren la lectura de ningún texto de un escritor de ascendencia puertorriqueña radicado en Estados Unidos que haya sido editado originalmente en inglés.

El trabajo pionero del crítico literario Efraín Barradas merece destacarse en este sentido. En su recopilación de ensayos y reseñas publicados desde los años ochenta, Barradas (1998) argumenta que la producción literaria de los boricuas en Estados Unidos forma parte integrante de la cultura puertorriqueña y que la distinción tajante entre la Isla y la diáspora ya no es válida. De tal modo, el autor cuestiona la definición convencional de la literatura puertorriqueña como la escrita

exclusivamente en español por autores nacidos en la Isla. En su lugar, Barradas considera a los escritores nuyoricans como puertorriqueños, en la medida en que asumen plenamente su origen nacional, independientemente del idioma en que prefieran escribir. Esto no significa que la poesía o la narrativa de la diáspora sean idénticas a las publicadas en la Isla. El propio Barradas ha escudriñado la visión paradisíaca de la patria en muchos poetas nuyoricans, la cual aporta una nueva versión del mito edénico a la literatura puertorriqueña. Lo que sí se requiere es ampliar los criterios lingüísticos y geográficos para incluir a los emigrantes y sus descendientes en el discurso nacionalista.

Un gesto parecido anima los esfuerzos de Carmen Dolores Hernández (1997, 2006). En sus entrevistas con autores puertorriqueños anglófonos residentes en Estados Unidos, la crítica literaria señala que su afiliación cultural no depende principalmente de su localización geográfica ni de sus preferencias lingüísticas. Más bien, depende de su resistencia a asimilarse a la cultura dominante, particularmente la de la población blanca de clase media y origen anglosajón. Hernández combate la visión purista de la lengua española y la cultura puertorriqueña al reconocer como legítima la literatura de la diáspora. Esa literatura, según la autora, cruza las fronteras lingüísticas y culturales entre la Isla y Estados Unidos, del mismo modo en que circulan las personas, ideas y prácticas entre los dos territorios. (Un caso fascinante es el del poeta Víctor Hernández Cruz, quien actualmente divide su residencia entre Aguas Buenas, Nueva York y Marruecos [Aparicio, 2006].) Como sugiere Carmen Dolores Hernández (2006: 299), “habría que examinar si el menosprecio con que se ha considerado hasta hace muy poco la literatura puertorriqueña de los Estados Unidos no tiene algo que ver con circunstancias de clase y con los temas más asiduamente cultivados en ella”.

Un tercer modelo para abordar la literatura diaspórica es el propuesto por Lisa Sánchez González (2001). Apropiándose del término “boricua” como signo de autoafirmación cultural, la crítica literaria traza una larga genealogía de escritores poco reconocidos en la Isla como parte de la diáspora, como Luisa Capetillo, Arturo Schomburg, William Carlos Williams y Pura Belpré. (A esa lista habría que añadir a Julia de Burgos, quien se mudó por primera vez a Nueva York en 1940 y murió allí en 1953.) Según la autora, estas figuras fundacionales ayudan a explicar el auge de la literatura nuyoricana durante los años setenta. Su intención es rescatar todo un cuerpo literario marginado por los cánones establecidos, tanto estadounidenses como puertorriqueños.

En su opinión, la literatura diaspórica no debe entenderse como mero apéndice de la cultura insular, sino como un rico legado con más de un siglo de historia.

La música popular

La tendencia a soslayar la diáspora al acercarse a la música popular es mucho menos evidente que en la literatura. Durante la primera mitad del siglo XX, numerosos músicos puertorriqueños emigraron a la ciudad de Nueva York, incluyendo a los famosos compositores Rafael Hernández y Pedro Flores, el cantante Manuel “Canario” Jiménez y el trompetista César Concepción. Estos músicos contribuyeron a articular y difundir la identidad cultural de sus comunidades diaspóricas así como la de su país de origen. Fue en el Harlem hispano que Hernández compuso el himno extraoficial de Puerto Rico, *Lamento borincano*, en 1929. También fue en Nueva York que “Canario” grabó los primeros discos de música de plena para RCA Victor en los años veinte. Aunque los géneros afrocubanos —desde la rumba y la conga hasta el mambo y el chachachá— dominaron la industria de la música latina en Estados Unidos hasta fines de los años cincuenta, los boricuas frecuentemente formaron parte de las orquestas y bandas latinas más exitosas (Glasser, 1995). Sin embargo, la contribución musical puertorriqueña se mantuvo prácticamente invisible (o mejor aún, inaudible) para la mayor parte del público estadounidense hasta los años sesenta.

Durante la década de los setenta, la salsa surgió como la expresión musical más prominente de los puertorriqueños en Estados Unidos y en la Isla. Según algunos expertos, la salsa se originó en el “circuitito del cuchifrito”⁸ —la red de clubes nocturnos latinos que proliferaron en la ciudad de Nueva York desde principios del siglo XX (Leymarie, 1994, 2002). Según otros estudiosos, la salsa era meramente una etiqueta conveniente para mercadear los ritmos tradicionales afrocubanos después del embargo estadounidense a la Cuba revolucionaria. En todo caso, los principales productores y consumidores de la salsa han sido los puertorriqueños de la Isla y de la diáspora, seguidos por otros antillanos y latinoamericanos. Hoy en día, la salsa se ha transformado en “música tropical”, un icono de identidad pan-latina extendida a lo largo de las Américas, así como de Europa y otros continentes.

La crítica literaria Frances Aparicio (1998) ha hecho una contribución sustancial al análisis de la salsa como práctica diaspórica. Incluso el subtítulo de su libro pone énfasis en la pluralidad de la cultura puertorriqueña, tanto en la Isla como en Estados Unidos. Inicialmente,

la salsa se popularizó en los barrios predominantemente boricuas de Nueva York. En los años sesenta y setenta, la salsa fue la músicaailable preferida por inmigrantes urbanos de la clase trabajadora, muchos de los cuales eran mulatos o negros. Aparicio subraya cómo este género híbrido frecuentemente sirvió de enlace simbólico entre lugares de origen en el Caribe y lugares de asentamiento en Estados Unidos. En un capítulo brillante, la autora interpreta los múltiples significados de la salsa para una muestra de latinos residentes en Michigan. En particular, Aparicio devela cómo se “leen” las letras de las canciones desde diversas posiciones de clase, género y raza, así como desde el lugar donde reside una persona. Aunque confiesa ser una “cocola” (amante de la salsa), la autora denuncia las representaciones patriarcales de muchas de sus canciones.

El sociólogo Ángel Quintero Rivera (1998) coincide en situar el origen de la salsa en los enclaves latinos de Nueva York y otras grandes ciudades de Estados Unidos. Según Quintero Rivera, se trata de una música de evocaciones nomádicas, conformada alrededor de los masivos desplazamientos poblacionales del Caribe a Norteamérica. De ahí que la salsa integre un amplio repertorio de formas, instrumentos, intérpretes y compositores de diferentes orígenes nacionales, especialmente puertorriqueños, venezolanos, colombianos, panameños, cubanos y dominicanos. En consecuencia, el alcance transnacional de la salsa desafía el concepto tradicional de una cultura nacional afincada en un solo territorio. En un ensayo más reciente, Quintero Rivera (2007) se refiere a la salsa como “nuestro arte de la fuga”. En sus expresiones comerciales más globalizadas, la salsa ya “no tiene frontera”, para citar el título de una famosa canción de la extinta Orquesta de La Luz, compuesta exclusivamente por músicos japoneses.

A principios de los años setenta, numerosos jóvenes puertorriqueños aportaron al desarrollo de la cultura del hip hop, incluyendo el rap, el *break dancing* y el *graffiti*. Aunque el rap luego se comercializó como “música negra”, los boricuas mantienen una fuerte presencia en ese ambiente musical (Flores, 2000). El innovador trabajo de la socióloga Raquel Rivera (2003) explora la interacción artística entre puertorriqueños, afroamericanos y otros latinos en Estados Unidos, particularmente en Nueva York. Su análisis demuestra que los raperos nuyoricans han ampliado y cruzado las fronteras de la puertorriqueñidad, la latinidad y la negritud. Su estudio de los principales compositores y cantantes de rap recalca las complejas transacciones culturales entre afroamericanos y puertorriqueños, sobre todo en el sur del Bronx y el Harlem hispano. El *boom* contemporáneo del *reggaetón* ilustra

el incesante intercambio musical entre los boricuas en la Isla y en la diáspora con los afroamericanos y otros grupos afrocaribeños, tales como dominicanos, panameños y jamaquinos (véase Rivera, Pacini Hernández y Marshall, material inédito). (Para una muestra de estudios recientes sobre la música y el baile entre los puertorriqueños en Estados Unidos, véase *CENTRO*, 2004).

Conclusión

La experiencia de la diáspora sugiere que las identidades nacionales pueden sobrevivir e incluso prosperar por largos períodos en un país ajeno. Desde finales del siglo XIX, varias generaciones de migrantes puertorriqueños han mantenido vínculos estrechos con su país de origen. Sus organizaciones comunitarias se han apropiado selectivamente de los discursos y prácticas tradicionalmente asociados con la cultura puertorriqueña. Muchos de estos grupos continúan representándose como parte de una nación en la diáspora. Los nuyoricans (y otros puertorriqueños en Estados Unidos) han extendido la concepción hegemónica de la cultura boricua más allá del idioma español para incorporar a hablantes de inglés con lazos familiares y emocionales con la Isla. Las comunidades diaspóricas siguen atadas a la Isla mediante una constante circulación de personas, dinero, bienes materiales y simbólicos, y tradiciones culturales. El surgimiento de múltiples identidades, tales como *chicagorrican*, *filirrican* y *florirrican*, así como de prácticas híbridas, como la salsa y el *reggaetón*, refleja los intensos y continuos intercambios entre la Isla y la diáspora. Con frecuencia, la diáspora boricua ha nutrido un nacionalismo a larga distancia (véase Anderson, 1992), al reclamar una identidad arraigada en la Isla, aunque cada vez más diseminada por el continente norteamericano. Hoy en día, haber nacido en Puerto Rico, hablar español y residir en la Isla no son marcas exclusivas de la puertorriqueñidad. Como reclama la poeta Mariposa en el epígrafe de este artículo, “el orgullo de ser boricua no tiene nada que ver con la geografía”.

En síntesis, la diáspora ha ensanchado las fronteras territoriales y lingüísticas de la nación. Para volver al principio, Puerto Rico se ha convertido en una nación transnacional, un país atravesado por sujetos migrantes que van y vienen desde Estados Unidos y otros países caribeños. En este contexto, haría falta revisar la conocida definición del antropólogo Benedict Anderson (1991: 6) de la nación como “una comunidad política imaginada por sus miembros como inherentemente limitada y soberana”. La diáspora puertorriqueña en Estados Unidos

muestra elocuentemente que los imaginarios nacionales no siempre están anclados en un espacio circunscrito ni son equivalentes a estados independientes. Tampoco es esencial el dominio de una lengua vernácula como prueba de autenticidad. Ni siquiera hace falta que la ciudadanía en el sentido jurídico concuerde con la nacionalidad en el sentido cultural. Más bien, las naciones pueden pensarse como comunidades translocales entrelazadas por vínculos afectivos, familiares y culturales, así como un tenaz sentido de afiliación personal y pertenencia colectiva que desborda al país de origen. Esta redefinición de la nación en un ámbito más emotivo e íntimo tiene, a su vez, enormes consecuencias sociales y políticas, que requieren un análisis más profundo. Por el momento, queda claro que el desafío crucial de la creciente dispersión de la diáspora boricua es imaginar una nación cuyas fronteras físicas y simbólicas son constantemente transgredidas y redibujadas por la migración.

NOTAS

1. Les agradezco a Ana Yolanda Ramos-Zayas y Elizabeth Aranda sus excelentes comentarios sobre una versión anterior de este trabajo. También quisiera reconocer la cuidadosa revisión editorial del texto por Ana Victoria García.
2. En este artículo, utilizaré el término “diáspora” en su sentido amplio de la dispersión y asentamiento de una población fuera de su lugar de origen. Para discusiones del concepto, véase Clifford (1994) y Tololian (1991).
3. A raíz de la Gran Hambruna (1845-1848), más de 2.5 millones de irlandeses tuvieron que emigrar de su país, mayormente a Estados Unidos. Esta cantidad representaba alrededor del 38 por ciento de la población irlandesa de la época (Miller y Wagner, 1994: 29).
4. Siguiendo a las antropólogas Nina Glick Schiller y sus colegas (1992), me refiero al transnacionalismo como el proceso mediante el cual los migrantes establecen y mantienen redes socioculturales a través de fronteras geopolíticas. En este caso, las fronteras no coinciden con los límites jurídicos del Estado-nación, porque los migrantes puertorriqueños se mueven dentro del circuito colonia-metrópoli.

5. Los estudiosos aún no han logrado ponerse de acuerdo sobre la terminología para referirse a los puertorriqueños en Nueva York y otras partes de Estados Unidos. Entre los neologismos sugeridos se encuentran neorriqueño, neoyorican, Neo-Rican, niuyorrican, Ame-Rícan (propuesto por el poeta Tato Laviera) y Diasporican (acuñado por la poeta María Teresa “Mariposa” Fernández). Este último término recoge la creciente dispersión de la diáspora boricua.

6. Además, el Negociado del Censo estimó que 115,187 residentes de Puerto Rico habían nacido fuera de la Isla y Estados Unidos en el año 2005 (U.S. Census Bureau, 2007). Para más información sobre los inmigrantes dominicanos y cubanos en Puerto Rico, véase Duany (2003).

7. Por razones de espacio, no puedo elaborar el impacto de las relaciones entre puertorriqueños y otros grupos étnicos, especialmente los mexicanos, en el imaginario nacionalista boricua en Chicago. Para una perspicaz discusión de este tema, véase De Genova y Ramos-Zayas (2003).

8. “Cuchifrito” es un plato tradicional puertorriqueño hecho de distintas partes de cerdo frito. El plato sigue siendo muy popular entre las comunidades boricuas de Estados Unidos y Puerto Rico.

REFERENCIAS

- Acosta-Belén, Edna. (1992). Beyond Island Boundaries: Ethnicity, Gender, and Cultural Revitalization in Nuyorican Literature. *Callaloo* 15 (4): 979-98.
- y Carlos E. Santiago. (2006). *Puerto Ricans in the United States: A Contemporary Portrait*. Boulder, Co.: Lynne Rienner.
- Alicea, Marixsa. (1990). Dual Home Bases: A Reconceptualization of Puerto Rican Migration. *Latino Studies Journal* 1 (3): 78-98.

- Alicea, Marixsa. (1997). "A Chambered Nautilus": The Contradictory Nature of Puerto Rican Women's Role in the Social Construction of a Transnational Community. *Gender & Society* 11: 597-626.
- Anderson, Benedict. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. 2. ed. Londres: Verso.
- . (1992). *Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics*. Amsterdam: Center for Asian Studies.
- Aparicio, Frances. (1998). *Listening to Salsa: Gender, Latin Popular Music, and Puerto Rican Cultures*. Hanover, N.H.: University Press of New England.
- . (2006). Writing Migrations: Transnational Readings of Rosario Ferré and Victor Hernández Cruz. *Latino Studies* 4 (1-2): 79-95.
- Aranda, Elizabeth M. (2006). *Emotional Bridges to Puerto Rico: Migration, Return Migration, and the Struggles of Incorporation*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Barradas, Efraín. (1998). *Partes de un todo: Ensayos y notas sobre literatura puertorriqueña en Estados Unidos*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Barreto, Amílcar Antonio. (2001). *The Politics of Language in Puerto Rico*. Gainesville: University Press of Florida.
- Bernabe, Rafael. (2003). *Manual para organizar velorios (notas sobre la muerte de la nación)*. San Juan: Huracán.
- Bonilla, Frank. (1994). Manos que Sobran: Work, Migration, and the Puerto Rican in the 1990s. En *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, ed. Carlos Antonio Torre, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, 115-49. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Carrión, Juan Manuel. (1996). *Voluntad de nación: Ensayos sobre el nacionalismo en Puerto Rico*. San Juan: Nueva Aurora.

- Centeno, Carmen. (2007). *Lengua, identidad nacional y posmodernidad*. San Juan: Huracán.
- Central Intelligence Agency. (2007). *The World Factbook*. <<https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook>>.
- CENTRO. (2001). Número especial sobre los puertorriqueños en Chicago. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 13 (2).
- . (2003). Número especial sobre la política puertorriqueña en Estados Unidos. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 15 (1).
- . (2004). Número especial doble sobre la música y el baile puertorriqueños. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 16 (1-2).
- Clifford, James. (1994). Diasporas. *Cultural Anthropology* 9 (3): 302-38.
- Coss, Luis Fernando. (1996). *La nación en la orilla (respuesta a los posmodernos pesimistas)*. San Juan: Punto de Encuentro.
- Cruz, José E. (1998). *Identity and Power: Puerto Rican Politics and the Challenge of Ethnicity*. Filadelfia: Temple University Press.
- . (2000). Nosotros, puertorriqueños: Contribuciones a la política, los movimientos sociales y las fuerzas armadas. En “Adiós, Borinquen querida”: *La diáspora puertorriqueña, su historia y sus aportaciones*, ed. Edna Acosta-Belén et al., 39-50. Albany, N.Y.: CELAC.
- De Genova, Nicholas y Ana Y. Ramos-Zayas. (2003). *Latino Crossings: Mexicans, Puerto Ricans, and the Politics of Race and Citizenship*. Nueva York: Routledge.
- Delgado, José A. (2006). Endoso a incluir en la consulta “nuevo” ELA. *El Nuevo Día*, 8 de abril, p. 30.
- Departamento de la Guerra [EE.UU.], Dirección del Censo. (1900). *Informe sobre el censo de Puerto Rico, 1899*. Washington, D.C.: Imprenta del Gobierno.

- Díaz Quiñones, Arcadio. (1993). *La memoria rota*. Río Piedras: Huracán.
- Duany, Jorge. (2002). *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- . (2003). La migración caribeña hacia Puerto Rico: Su impacto demográfico, socioeconómico y cultural. *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* (Segunda Época) 7 (4): 3-13.
- . (2006). Más allá de El Barrio: La diáspora boricua hacia la Florida. *Nueva Sociedad* 201: 73-89.
- . (2007). *A Transnational Migration Crossroads: The Circulation of People and Money in Puerto Rico*. San Juan: Centro para la Nueva Economía (en prensa).
- y Emilio Pantojas-García. (2005). Fifty Years of Commonwealth: The Contradictions of Free Associated Statehood in Puerto Rico. En *Extended Statehood in the Caribbean: Paradoxes of Quasi Colonialism, Local Autonomy, and Extended Statehood in the USA, French, Dutch, and British Caribbean*, ed. Lammert de Jong y Dirk Kruijt, 21-58. Amsterdam: Rozenberg Publishers.
- Falcón, Angelo. (1993). A Divided Nation: The Puerto Rican Diaspora in the United States and the Proposed Referendum. En *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, ed. Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, 173-80. Boston: South End.
- . (2004a). *Atlas of Stateside Puerto Ricans*. Washington, D.C.: Puerto Rico Federal Affairs Administration.
- . (2004b). Detrás Pa’Lante: Explorations on the Future History of Puerto Ricans in New York City. En *Boricuas in Gotham: Puerto Ricans in the Making of Modern New York City*, ed. Gabriel Haslip-Viera, Angelo Falcón y Félix Matos-Rodríguez, 147-92. Princeton, N.J.: Marcus Wiener.
- Fernández, María Teresa (“Mariposa”). (2007). Mariposa Reads Diasporican in El Barrio. <<http://vids.myspace.com/index.cfm?fuseaction=vids.individual&videoid=2021276418>>.

- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press.
- . (2000). *From Bomba to Hip Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*. Nueva York: Columbia University Press.
- . (Inédito.) *The Diaspora Strikes Back: Cultural Challenges of Circular Migration and Transnational Communities*. Londres: Routledge.
- Flores-González, Nilda. (2001). *Paseo Boricua: Claiming a Puerto Rican Space in Chicago*. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 13 (2): 6-23.
- Friedlander, Stanley L. (1965). *Labor Migration and Economic Growth: A Case Study of Puerto Rico*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Gibson, Campbell J. y Emilie Lennon (1999). *Historical Census Statistics on the Foreign-born Population of the United States: 1850-1990*. <<http://www.census.gov/population/www/documentation/twps0029/twps0029.html>>.
- Glasser, Ruth. (1995). *My Music is My Flag: Puerto Rican Musicians and their New York Communities, 1917-1940*. Berkeley: University of California Press.
- Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton. (1992). Transnationalism: A New Analytic Framework for Understanding Migration. En *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, ed. Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, 1-24. Nueva York: New York Academy of Sciences.
- Government Development Bank for Puerto Rico. (2007). *The Pulse of Tourism*. <<http://www.gdb-pur.com/economy/pulse/pulse.htm>>.
- Grosfoguel, Ramón. (2003). *Colonial Subjects: Puerto Ricans in a Global Perspective*. Berkeley: University of California Press.
- , ed. (2004). Caribbean Migration to Metropolitan Centers: Identity, Citizenship, and Models of Integration. Número especial de *Caribbean Studies* 32 (1).

- Hernández, Carmen Dolores. (1997). *Puerto Rican Voices in English: Interviews with Writers*. Westport, Conn.: Praeger.
- . (2006). Ausencia no quiere decir olvido. En *Literatura puertorriqueña: Visiones alternas*, ed. Carmen Dolores Hernández, 291-318. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- Inter-American Development Bank. (2007). *Remittances to Latin America and the Caribbean 2006 (US\$ Millions)*. <http://www.iadb.org/mif/remesas_map.cfm?language=English&parid=5>.
- Junta de Planificación de Puerto Rico. (1972-1989). *Estadísticas socioeconómicas*. San Juan: Junta de Planificación de Puerto Rico.
- . (1980-1998). *Informe económico al Gobernador*. San Juan: Junta de Planificación de Puerto Rico.
- . (2001). Movimiento de pasajeros entre Puerto Rico y el exterior. Años fiscales. Documento inédito. San Juan: Junta de Planificación, Programa de Planificación Económica y Social, Subprograma de Análisis Económico.
- . (2007). *Balanza de pagos*. <<http://www.jp.gobierno.pr>>.
- Lapp, Michael. (1990). *Managing Migration: The Migration Division of Puerto Rico and Puerto Ricans in New York City, 1948-1968*. Tesis doctoral, Universidad de Johns Hopkins.
- Leymarie, Isabelle. (1994). Salsa and Migration. En *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, ed. Carlos Antonio Torre, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, 343-64. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- . (2002). *Cuban Fire: The Story of Salsa and Latin Jazz*. Nueva York: Continuum.
- Lorenzo-Hernández, José. (1999). The Nuyorican's Dilemma: Categorization of Returning Migrants in Puerto Rico. *International Migration Review* 33 (4): 988-1013.

- Martínez-San Miguel, Yolanda. (2003). *Caribe Two Ways: Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*. San Juan: Callejón.
- Meléndez, Edgardo. (1997). La política transnacional puertorriqueña: Asuntos pendientes y problemas de investigación. Ponencia presentada en el taller sobre “La diáspora caribeña: Corrientes actuales y tendencias futuras”, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2 de mayo.
- Meléndez, Edwin. (2007). Changes in the Characteristics of Puerto Rican Migrants to the United States. En *Latinos in a Changing Society*, ed. Martha Montero-Sieburth y Edwin Meléndez, 112-32. Westport, Conn.: Praeger.
- Migration News*. (2006). *Data: Remittances. Dominican Republic*. <<http://migration.ucdavis.edu/mn/data/remittances/remittances.html>>.
- Miller, Kerby y Paul Wagner. (1994). *Out of Ireland: The Story of Irish Emigration to America*. Londres: Aurum.
- Mohr, Nicholasa. (1987). Puerto Rican Writers in the United States, Puerto Rican Writers in Puerto Rico: A Separation Beyond Language. *Américas* 15 (2): 87-92.
- Morales, Amparo. (2005). Convivencia de español e inglés en Puerto Rico: Mitos y realidad. En *Contactos y contextos lingüísticos: El español en los Estados Unidos y en contacto con otras lenguas*, ed. Luis A. Ortiz López y Manuel Lacorte, 85-104. Madrid: Iberoamericana.
- National Puerto Rican Coalition. (1999). *Directory of Puerto Rican Elected Officials – 1999*. Washington, D.C.: National Puerto Rican Coalition.
- El Nuevo Día*. (2004). Sobre el estatus de Puerto Rico. 18 de octubre, p. 80.
- Pabón, Carlos. (2002). *Nación postmortem: Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. San Juan: Callejón.

- Pérez, Gina M. (2004). *The Near Northwest Side Story: Migration, Displacement, and Puerto Rican Families*. Berkeley: University of California Press.
- Prosper-Sánchez, Gloria D. (2007). Transing the Standard: The Case of Puerto Rican Spanish. En *None of the Above: Puerto Ricans in the Global Era*, ed. Frances Negrón-Muntaner, 183-94. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Puerto Rico Herald*. (2004). Inscripción de boricuas aumenta funcionarios electos. 6 de enero. <<http://www.puertorico-herald.org/issues/2004/vol8n50/LiveEd/Media3-es.html>>.
- Quintero Rivera, Ángel G. (1998). *Salsa, sabor y control: Sociología de la música tropical*. México, D.F.: Siglo XXI.
- . (2007). Enormes sonidos... ¿de pequeños países? Migración y globalización en la música salsa. En *Ir y venir: Procesos transnacionales entre América Latina y el norte*, ed. Sonia Báez Hernández, Anadeli Bencomo y Marc Zimmerman, 235-57. Santiago, Chile: Bravo y Allende.
- Ramos-Zayas, Ana Y. (2003). *National Performances: The Politics of Class, Race, and Space in Puerto Rican Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- Reyes, Xaé Alicia. (2000). Return Migrant Students: Yankee Go Home? En *Puerto Rican Students in U.S. Schools*, ed. Sonia Nieto, 39-68. Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Rinaldi, Rachel. (2002). Space of Resistance: The Puerto Rican Cultural Center and Humboldt Park. *Cultural Critique* 50: 135-74.
- Rivera, Carmen Haydée. (2005-2006). Literature of the Puerto Rican Diaspora: An Overview. *Sargasso* II: 1-10.
- Rivera, Raquel Z. (2003). *New York Ricans from the Hip Hop Zone*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- , Deborah Pacini Hernández y Wayne Marshall, eds. (Inédito.) *Reading Reggaetón: Historical, Aesthetic, and Critical Perspectives*.

- Rivera-Batiz, Francisco y Carlos E. Santiago. (1994). *Puerto Ricans in the United States: A Changing Reality*. Washington, D.C.: National Puerto Rican Coalition.
- . (1996). *Island Paradox: Puerto Rico in the 1990s*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Sánchez González, Lisa. (2001). *Boricua Literature: A Literary History of the Puerto Rican Diaspora*. Nueva York: New York University Press.
- Seda Bonilla, Eduardo. (1972). El problema de identidad de los niuyorricans. *Revista de Ciencias Sociales* 16 (4): 453-62.
- Stinson-Fernández, John. (1996). Hacia una antropología de la emigración planificada: El Negociado de Empleo y Migración y el caso de Filadelfia. *Revista de Ciencias Sociales* (Nueva Época) 1: 112-54.
- Tololian, Khachig. (1991). The Nation State and Its Others: In Lieu of a Preface. *Diaspora* 1 (1): 3-7.
- Toro-Morn, Maura. (1999). Género, trabajo y migración: Las empleadas domésticas puertorriqueñas en Chicago. *Revista de Ciencias Sociales* (Nueva Época) 7: 102-25.
- . y Marixsa Alicea. (2003). Gendered Geographies of Home: Mapping Second-and Third-Generation Puerto Ricans' Sense of Home. En *Gender and U.S. Immigration: Contemporary Trends*, ed. Pierrette Hondagneu-Sotelo, 194-214. Berkeley: University of California Press.
- Torres, Andrés y José Velásquez, eds. (1998). *The Puerto Rican Movement: Voices from the Diaspora*. Filadelfia: Temple University Press.
- Torres González, Roamé. (2002). *Idioma, bilingüismo y nacionalidad: La presencia del inglés en Puerto Rico*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Torres-Padilla, José y Carmen Haydée Rivera, eds. (Inédito.) *Writing Off(f) the Hyphen: Critical Perspectives on the Literature of the Puerto Rican Diaspora*. Seattle: University of Washington Press.

- Urciuoli, Bonnie. (1996). *Exposing Prejudice: Puerto Rican Experiences of Language, Race, and Class*. Boulder, Co.: Westview.
- . (2003). Boundaries, Language, and the Self: Issues Faced by Puerto Ricans and Other Latina/o College Students. *Journal of Latin American Anthropology* 8 (2): 152-72.
- U.S. Census Bureau. (1953). *U.S. Census of Population: 1950. Special Reports: Puerto Ricans in Continental United States*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- . (1963). *U.S. Census of Population: 1960. Puerto Ricans in the United States*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- . (1973). *Census of Population: 1970. Characteristics of the Population. Part 53. Puerto Rico*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- . (1982). *Persons of Spanish Origin by State: 1980. Supplementary Report PC80-S1-7*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- . (1983). *1980 Census of Population: General Social and Economic Characteristics. Puerto Rico*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- . (2001a). *The Hispanic Population*. <<http://www.census.gov/prod/2001pubs/c2kbr01-3.pdf>>.
- . (2001b). *Profiles of General Demographic Characteristics: 1990 Census of Population and Housing*. <<http://census.gov/Press-Release/www/2001/tables>>.
- . (2001c). *Profiles of General Demographic Characteristics: 2000 Census of Population and Housing*. <http://ftp2.census.gov/census_2000/datasets/demographic_profile>.
- . (2004). *Migration between Counties in the United States and Puerto Rico: 1995 to 2000*. <<http://www.census.gov/population/cen2000/prus/tab01.pdf>>.
- . (2007). *American Factfinder*. <<http://factfinder.census.gov>>.

- U.S. Commission on Civil Rights. (1976). *Puerto Ricans in the Continental United States: An Uncertain Future*. Washington, D.C.: U.S. Commission on Civil Rights.
- Vargas-Ramos, Carlos. (2000). *The Effects of Return Migration on Political Participation in Puerto Rico*. Tesis doctoral, Universidad de Columbia.
- . (2006). *Settlement Patterns and Residential Segregation of Puerto Ricans in the United States*. Policy Report 1 (2). Nueva York: Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College.
- Vázquez Calzada, José L. (1979). Demographic Aspects of Migration. En *Labor Migration Under Capitalism: The Puerto Rican Experience*, ed. History Task Force, Centro de Estudios Puertorriqueños, 223-38. Nueva York: Monthly Review Press.
- Whalen, Carmen Teresa. (2001). *From Puerto Rico to Philadelphia: Puerto Rican Workers and Postwar Economies*. Filadelfia: Temple University Press.
- y Víctor Vázquez-Hernández, eds. (2005). *The Puerto Rican Diaspora: Historical Perspectives*. Filadelfia: Temple University Press.
- Zentella, Ana Celia. (1997). *Growing Up Bilingual: Puerto Rican Children in New York*. Malden, Mass.: Blackwell.
- . (2000). Puerto Ricans in the United States: Confronting the Linguistic Repercussions of Colonialism. En *New Immigrants in the United States: Readings for Second Language Educators*, ed. Sandra Lee McKay y Sau-ling Cynthia Wong, 137-64. Cambridge: Cambridge University Press.
- . (2002). Latin@ Languages and Identities. En *Latinos: Remaking America*, ed. Marcelo Suárez-Orozco y Mariela M. Pérez, 321-38. Berkeley: University of California Press.